

LA TAREA DE LA IGLESIA

Sermón pronunciado por el Rdo. José A. Cardona la noche del 3 de agosto de 1956 en la inauguración del nuevo templo de la Iglesia Presbiteriana en el Higüey, Aguadilla, Puerto Rico.

Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre, y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días. I Reyes 9:3

~~Nos~~ hemos congregado en esta solemne ocasión para ofrecer y para dedicar un nuevo templo a la causa de Dios. Ahora cuentan ustedes, después de esfuerzos y de trabajos indecibles, con un lugar cómodo para los oficios divinos. Majestuosamente se levanta esta casa equipada con material adecuado para las actividades religiosas. ¿Por qué habéis hecho tan grandes denuedos para construir este templo y para qué deseáis un nuevo altar para la adoración?

En la Santa Biblia se registra un famoso discurso y una ^{sentida} ~~santa~~ plegaria ofrecidos en una ocasión como ésta, aunque en circunstancias distintas. La pregunta arriba formulada tiene parte de su contestación en aquel famoso discurso. Salomón, en el acto de dedicación del templo en Jerusalem, dijo que aquella casa era como morada para Dios para que allí Dios habitara para siempre. Nótese que Salomón en nada detrae de la trascendencia del Altísimo al implicar la inmanencia del mismo cuando decía que el templo es morada de Dios. En I Reyes 8: ⁴⁵ ~~45~~ Tú ^{oirás} ~~oirás~~ en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica y les harás derecho. Ya en I Reyes 8:27 Salomón había dicho: He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?

El Templo como morada de Dios tenía para el judío una importancia enorme. Aquel lugar se constituyó en la corte donde, tanto el individuo como la nación hebrea, irían a rendir cuentas de sus ejecutorias. El hecho de que el judaísmo postulaba un monoteísmo ético colocaba el templo en una posición de gran relevancia. El hombre que pecara contra su hermano estaba en la obligación de presentarse ante el altar para allí recibir el impacto de la justicia divina. Cuando la nación hebrea caía ante sus enemigos por haberse apartado por las pautas que le trazara Dios, también tenía que ir al templo para hacer una confesión de sus culpas, y allí, en la solemnidad del momento, escuchar la sentencia y el verbo admonitivo del Altísimo. Al cerrar la madre tierra sus entrañas y negar el alimento al hombre, al negarse la lluvia a regar los campos, al aparecer la langosta y el pulgón como azotes, el templo se convertía en escuela de expiación y de consultas. Allí en el templo estaba el nombre de Jehová para siempre y los ojos y el corazón de Jehová estarían allí todos los días.

Con la venida de Jesucristo a la tierra se operó la más amplia revelación de Dios a los humanos. La vida religiosa cobró nuevos impulsos. Uno mayor que el templo predicaba que sin un volverse a Dios el hombre carecía de valor. Al impacto de una vida santa y sin pecado, vida que revelaba los profundos misterios divinos necesarios para la salvación, transformadora de individuos, portadora de los más altos valores, surgió la iglesia cristiana, la comunidad de los santos. Nosotros, continuando aquella labor redentora mediante Cristo, aquí estamos inaugurando esta casa de Dios aquí en Aguadilla.

Quiero invitarles a que reflexionemos sobre la tarea que pesa sobre ustedes. Porque si este nuevo templo dejara de ser casa de oración, dejara de ser lugar santo y los ojos de Dios no se posaran sobre el mismo, no habrá santificación, y no tendrá el nombre de Dios. Para que la divinidad se manifieste aquí en el esplendor de su gloria estáis obligados a realizar una serie de actos que a continuación detallamos.

La primera tarea o función de la iglesia cristiana, de la cual formamos parte, es la de dar buenas nuevas por medio de la proclamación de la palabra de Dios. El anuncio de los ángeles al decir: "Gloria en las alturas a Dios y en la tierra paz, para los hombres de buena voluntad" fué una proclamación de grandes proyecciones. ¡Qué profundas fueron las palabras de Jesús al hablar con sentido de urgencia sobre la necesidad de que el pecador oyera su mensaje, porque su palabra era espíritu y era vida. La iglesia tiene que continuar anunciando el mensaje de salvación.

Aunque parezca un contrasentido ~~y~~ algo paradójico - así son las cosas del evangelio - la iglesia predicará a los individuos una libertad y una esclavitud. Martín Lutero, conmovido en lo más recóndito de su fe, postuló dos principios, que son básicos en la vida del creyente. Decía, en primer lugar, que el cristiano es el más libre de todos los seres y no está sujeto a nadie. He ahí la gran libertad. Luego añadía que el hombre cristiano es el más obligado y está sujeto a todos. Al amparo del evangelio, el creyente gana la mayor de las libertades. Y es libre, cosa para algunos inexplicable, porque no puede ganar una libertad por méritos o por obras, pero puede ganar la libertad porque Cristo la gana y luego se la regala. Por gracia

sóis salvos y libres y no por obras. La relación entre Dios y el hombre y entre el hombre y Dios es una relación de fe. Cuando hay un entregamiento sin reserva de clase alguna y una confianza absoluta en Dios, en Cristo y en el Espíritu Santo, Cristo se apropia de nuestros pecados y nos declara libres. Y es así que pasamos a ser parte de la comunión de los santos.

En el momento que ganamos la libertad por medio de Cristo, sin méritos de nuestra parte, entonces empieza en nosotros una obligación o dulce esclavitud. ¡Paradójico! ¿Verdad? Y a libertados volvemos los ojos hacia nuestros semejantes y nos encontramos obligados a ellos. Como cristianos somos los más obligados a servir. La pregunta que Dios hiciera a Caín, ¿dónde está tu hermano? todavía sigue en pie. La vida y la condición de nuestros semejantes es responsabilidad nuestra. El amor de Dios para con nosotros hemos de manifestarlo amando a nuestro prójimo. Urge un servicio continuo, no para ganar méritos, pero sí como el resultado de una fe dinámica. La predicación del evangelio debe hacerle patente al pecador que no hay peor esclavitud que aquella que adquiere el ser humano cuando se liberta de Dios para hacerse esclavo de su yo, y que no hay mayor libertad que aquella en que el hombre se liberta de su yo para entregarse incondicionalmente al creador y al sustentador del universo: Dios.

La primera tarea de la iglesia consiste en proclamar las buenas nuevas, según ya hemos dicho. La segunda función consiste en dar testimonio. Un cuidadoso examen de la iglesia primitiva revelará que no se distinguía por tener una organización elaborada o un sistema teológico desarrollado. Estos aspectos aparecieron más tarde por diversas circunstancias. Aquellos cristianos, gente sencilla casi en su totalidad, ganaron el respeto con el pasar de los años

y logaron leudar la masa social con los principios divinos, por medio del testimonio de sus vidas. Policarpo, frente al suplicio, escuchó una proposición de alguien para salvarle con la única condición de que abjurara de su fe y que negara a Cristo. Serena y tranquilamente, con voz clara y firme dijo: Si Cristo mi maestro me ha sido fiel por 80 años, como he de negarle en las pocas horas de mi vida terrenal.

Jamás la vida cristiana ha sido un nido de rosas. La cruz de Cristo no armoniza con la complacencia de la carne. La gran falla de muchas iglesias es que tienen en su seno personas que aceptan intelectualmente los principios cristianos, pero no están dispuestos a vivir a la altura de las experiencias que tales principios conllevan. Aquí cabe muy bien el dictum de Don Miguel de Unamuno cuando dijo que hay personas dispuestas a dar sus vidas por una creencia pero que no están dispuestas a vivir a la altura de dichas creencias.

No podemos ocultar el hecho de que la iglesia es una comunidad dentro de otra comunidad. La iglesia está en el mundo pero no es del mundo. Barth llama a la iglesia Christengemeinde, o sea, la comunidad de cristianos, y al estado llama Burgergemeinde, o comunidad de ciudadanos. Antiguamente el estado se llamaba polis, o ciudad. La iglesia se denominaba polinc^euma o la ciudad espiritual. He mencionado estos hechos porque tienen que ver con el testimonio del creyente. El estado tiene un gobernante que puede llamarse rey, presidente, gobernador, etc. La calidad de vida de éstos puede variar. La iglesia no tiene más que un gobernante, que es Jesucristo, concebido sin pecado y el cual es Dios mismo. El estado

se rige por leyes que pueden ser buenas o malas. La iglesia se rige por leyes divinas, que son santas, pues emanan de Dios mismo. El estado ocupa una región limitada, la iglesia es universal. El estado está integrado por individuos con filosofías de vida distintas pero la iglesia es una comunión de los salvados. Pero el hombre puede, y de hecho tiene que pertenecer al estado y si es cristiano también a la iglesia. De ahí surgen una serie de conflictos.

Sin dejar de reconocer que hay que dar a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, hay ciertas condiciones ~~que~~ en la sociedad que ejercen una presión des^{tr}vastadora en los cristianos. Por ejemplo, ^o la ética cristiana le damos permanencia, mientras que la ética en la sociedad es inestable y a veces basadas en caprichos y conveniencias. De ahí que la comunidad puede juzgar una cosa mala hoy y mañana la juzgue perfectamente moral.

Resulta, pues, que la iglesia, por estar compuesta de individuos que viven en dos comunidades a la misma vez, está expuesta a olvidar su función. El testimonio de un cristiano habla más elocuentemente que sus títulos y su sabiduría. El testimonio de un creyente habla con mayor autoridad que la posición que usted ocupe en el estado, sea cual fuere.

No hay cosa que le haga más daño a la causa de Jesucristo que aquel cristiano que sacrifica las normas de la iglesia por las normas de la sociedad. Nuestra iglesia siempre ha tenido como timbre de gloria limpieza de vida y un testimonio proverbial. Pero existe una tendencia en los organismos que se hacen fuertes en olvidar su origen y aquellas pautas que le dieron vida. Cuando una iglesia cree que algo era malo ayer y hoy no es pecado, está siguiendo la norma inestable de la sociedad. En algún lugar hubo fallas. O no

se hizo claro el evangelio desde el principio, o si se hizo claro hoy no se sigue porque nos gusta contemporizar. El mundo nos observa de cerca y nos juzgará, no tanto por los nuevos edificios que hagamos, o las letras que podamos añadirle a nuestros apellidos, o por los enormes cantidades de dinero que vengan a las arcas eclesiásticas, sino por el testimonio que demos de Jesucristo y la novedad de vida que nos haya producido.

La tercera función o tarea de la iglesia consiste en conservar lo que ha heredado. La herencia más preciosa, entre otras, lo es la Santa Biblia, porque es el texto de la fe cristiana. Pero la conservación de la Biblia implica una dinámica. En las cosas de Dios no se esconde la luz en el celamín, sino que se sitúa en el lugar más alto para que la luz alumbre el área mayor posible. Sugerimos las siguientes maneras para conservar la Biblia dinámicamente.

Las Sagradas Escrituras debe ser, en primer término, el libro devocional de cada uno de los creyentes. Un cristiano debe tener lugar durante el día para hacerle consultas a Dios por medio de la palabra divina. No se puede concebir una vida amplia y llena de experiencias espirituales cuando el libro divino deja de ser el guía de la vida. No hay situación más hermosa que aquella que se produce cuando cada uno de los que se han cogido a la gracia santificadora de Dios tiene como norma ir a la fuente de los oráculos divinos para recibir cada día, así como recibe el alimento material, el alimento del espíritu. ¡qué refrescante es para la persona, cargada de los problemas que surgen en el diario vivir, que siente la fatiga de la vida, que se mueve en un ambiente hostil a sus principios, que se encara con tantos y tantos misterios, que le puede empujar a la agonía

de la existencia, que refrescante, vuelvo y repito, es abrir las páginas que contienen el santo mensaje, para encontrar un oasis que le sirve de reposo en el desierto que es a veces la vida terrenal.

No basta que la Biblia sea el devocionario de cada creyente. Debe convertirse en el centro del altar familiar. Hace años llegué temprano en la mañana a un hogar de una familia cristiana, donde alguien me esperaba para un viaje. Jamás mi vista ha contemplado un espectáculo tan hermoso. Los miembros de aquel hogar, sentados alrededor del jefe de la familia escuchaban con unción mística la explicación de una porción de la Biblia. Esperé en el balcón de aquella casa hasta que terminó la devoción. Cuando vinieron a saludarme aquellos rostros se veían radiantes de optimismo. Tenían que estarlo. Empezaban las actividades del día después de haber estado en consulta con Dios y con su palabra.

Además del uso personal y del altar de familia que se le da a las Escrituras, la Biblia es en la iglesia la única regla de fe y de práctica. En nuestra traducción protestante el púlpito es el centro de atracción. Y sobre el púlpito siempre está abierta, como eterno vigilante de la fe, la Santa Biblia.

La iglesia, entre otras funciones que realiza, es la gran educadora del cristiano. Es la escuela del cristianismo. Cuando el alma pecadora se acoge al ofrecimiento de salvación que proclamamos, esta alma espera refinarse de tal manera que puede llamarse, en todo lo que implica el término, hijo de Dios. Los ministros de Dios tenemos que bregar con lo más sutil, lo de mayor valor de la personalidad que es el espíritu. El individuo humano es una integración. De sus diferentes aspectos, que tienen que formar una armonía, a la iglesia

le toca ^{el} ~~la~~ más difícil. Dios ha proporcionado en su Santa Biblia todo lo concerniente al espíritu pero sin dejar afuera los canales humanos. La Iglesia Primitiva estableció escuelas catequ^eticas, como la de Panteno y la de Orígenes en Alejandría, para enseñar las Sagradas Escrituras. Las congregaciones evangélicas tienen que dar lo mejor, lo superior en materia bíblica, porque siendo las Escrituras, como hemos dicho antes, la única regla de fe y de práctica, requiere un cuidado especial el uso de la misma, si se desea evitar que la verdad divina se tégiverse y se deforme. Hay pasajes claros y diáfanos que están al alcance de todos, buenos para la devoción personal y para el altar de la familia, pero hay otros que requieren cuidado al usarse y un adiestramiento especial del que predica. Los ministros somos responsables de que la Biblia sea la luz que verdaderamente alumbre a las almas que vagan en las tinieblas.

Además de la Biblia, la iglesia tiene que conservar la fe, por la cual dieron sus vidas muchos hermanos que nos han precedido. Nunca ha sido el cristianismo una cosa fácil. En la hora de la prueba muchos han claudicado. Hay quienes han vendido la primogenitura por un plato de lentejas. Seres ha tenido la iglesia que se han acogido a la sombra bienhechora y redentora del evangelio, pero que después fueron halagados por las conveniencias sociales y han dejado la iglesia. No hay mejor símbolo para caracterizar el cristiano que la cruz. Es la locura de los que se pierden, pero a los salvados, es la carta de triunfo.

La cuarta tarea de la iglesia consiste en pasar a otro lo que hemos recibido. No hay peor egoísmo que aquel de retener para uno las grandes bendiciones que Dios le haya dado. Los primeros cris-

tianos tenían un entusiasmo tan pronunciado por los beneficios divinos que no podían menos que contagiar a otros. En el camino, en los quehaceres diarios, aún en el martirio se escuchaba la historia de los labios de los creyentes sobre las cosas que el Señor había hecho por ellos. y a la vez salía la invitación para que otros se gozaran de tan grandes privilegios. El evangelio de Cristo nos obliga a ser agresivos, tener la agresividad amorosa de comunicar a otros lo que el Señor ha hecho por nosotros. Por eso es que la ^{le} iglesia no puede consistir de una persona sino de dos o más para que haya lo que los cristianos primeros llamaban una koinonía: una comunión. Sólo cuando hay comunión se comparten bendiciones. El mismo Señor dió aquella comisión de, *Id y predicad mi evangelio.*

La historia del cristianismo registra ejemplos múltiples de abnegados paladines de la causa divina que sintieron la inquietud de pasar a otros lo que de gracia habían recibido. Ahí está un Gregorio I desvelándose por los anglos y mandando a un Agustín a predicar la palabra. Ahí están los movimientos misioneros para evangelizar a las naciones paganas. Ahí está el caso reciente de un grupo de misioneros asesinados en Sur América por un grupo de indios a los cuales los misioneros deseaban llevarles la benéfica influencia del evangelio.

Estos momentos de alegría que ustedes experimentan por haber realizado el sueño de tener una casa de Dios, les impone tremendas responsabilidades. Recuerden que Dios ha santificado esta casa que ustedes han edificado. Esta será casa de Dios y puerta del cielo.

El nombre del Altísimo debe llenar este recinto con su gloria para que cuando el pecador entre por sus puertas, como Isaías, sientan el pecado y puedan decir ¡Ay de mí, que siendo pecador mis ojos han visto a Dios! La iglesia de esta comunidad no debe permitir que los ojos del Altísimo se aparten de ustedes. Que el corazón de Dios esté en ella todos los días. Para que esto sea así debéis proclamar el santo evangelio de Jesucristo, ser testigos de su causa, llevando una vida de la mejor ejemplaridad, conservando la Biblia y la fe y psando a otros lo que de gracia recibisteis. Si cumplís estas cosas, gloria a Dios por este templo que en esta noche inauguraís, si no lo cumplís el nombre de Dios se apartará de ustedes para siempre.